

De los caminos impuestos a los propios	Título
Álvarez Acosta, María Elena - Autor/a	Autor(es)
Áfricana Subsahariana : Sistema capitalista y relaciones internacionales	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
2011	Fecha
Colección Sur-Sur	Colección
Relaciones Norte-Sur; Neocolonialismo; Capitalismo; Imperialismo; Colonialismo; Socialismo; Independencia; África Subsahariana;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/sur-sur/20120312121006/5.DelosCamino_.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



CAPÍTULO IV

DE LOS CAMINOS IMPUESTOS A LOS PROPIOS

*El mono nunca es demasiado viejo
para subirse a un árbol.*

Bamileké

LA CONTRADICCIÓN COLONIA-METRÓPOLI dio paso a la lucha por la independencia. Esta estuvo influida, entre otros aspectos, por la elevación del nivel de conciencia de determinados sectores, donde sobresalían la pequeña y mediana burguesía y los intelectuales –fundamentalmente, los sectores vinculados a las actividades de la modernidad– y las luchas espontáneas de otros. Esto, unido a la influencia de los cambios a nivel internacional: la derrota de fascismo y el proceso de descolonización en Asia.

EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL (MLN) EN ÁFRICA SUBSAHARIANA

Entre 1918-1945 se expresan rasgos y tendencias que sirven de base para comprender hasta qué punto las propias formas de organización por la independencia reflejaban las contradicciones –y peculiaridades– de las sociedades africanas.

Las formas de lucha contra el colonialismo se manifestaron en las fórmulas tradicionales y las modernas que se expresaban de forma diferente, aunque en ocasiones convergieron.

Según el reconocido africanista Armando Entralgo, estos movimientos tuvieron un carácter defensivo, generalmente con base étnica y límites locales. Los primeros grupos políticos organizados tuvieron

un carácter reformista, con una base sociopolítica, esencialmente dentro de las capas medias urbanas. Se manifestaban y mezclaban dos formas de lucha: la tradicional y la moderna¹.

Las formas organizativas pueden caracterizarse de elementales. Aparecen –en correspondencia con sus intereses y costumbres– como sociedades o asociaciones étnicas, raciales, juveniles, profesionales, etc., y movimientos religiosos, que fueron los más difundidos en las primeras etapas de la lucha². Por su base clasista y sus métodos de lucha, estos movimientos anticoloniales han sido calificados de protonacionalistas³.

Sobre la periodización del MLN en África después de la Segunda Guerra Mundial existen variados criterios. Sin embargo, atendiendo al carácter de las organizaciones que lo dirigen, los presupuestos que enarbolaban y los métodos de lucha, se pueden dividir dos momentos fundamentales:

- Entre 1945-1960, cuando comienzan a desarrollarse acciones anticoloniales, con una fuerte represión por parte de las metrópolis. Esto conlleva que, aunque algunos movimientos puedan continuar actuando de forma legal, otros –los más radicales– deben pasar a la ilegalidad. A partir del primer lustro de los años cincuenta, se legalizan los partidos y, en el marco de un nacionalismo calificado como moderado, unido a fuerzas que buscan un “arreglo” con las metrópolis, se inician los cambios en la política colonial que darán paso a la independencia. El año 1960, se denomina año de África: obtuvieron la independencia diecisiete países.
- De la década del setenta a los años ochenta, cuando predomina la lucha de liberación nacional armada en las colonias portuguesas⁴ y otros países, fundamentalmente, en África Austral.

La primera etapa de la lucha de liberación nacional –hasta los años sesenta– se calificó como anticolonialismo clásico. Las peculiaridades de su componente clasista, las metas a alcanzar y los métodos que emplearon son la base para esta conceptualización.

1 Las peculiaridades socioeconómicas de estos países y los métodos de control colonial determinaron que los sectores que estuvieran en mejores condiciones de liderar los movimientos anticoloniales fueran las elites aburguesadas y las tradicionales, y los intelectuales.

2 En este último caso, sobresalieron la revuelta Chilembwe en Nyasalandia (Malawi) y el kimabanguismo en el Congo.

3 Abarcan los años de 1918 a 1945.

4 La lucha armada se inicia en los años sesenta.

En cuanto a la composición clasista, se caracterizaron por su heterogénea base social, donde predominaban los sectores medios de profesionales, empleados, intelectuales, veteranos de la Segunda Guerra Mundial, elementos de la pequeña burguesía agromercantil, incipiente proletariado agrícola, de los ferrocarriles, de las minas y de los puertos, comúnmente dirigidos por la pequeña burguesía local o “nacional”.

La debilidad y las limitaciones de este nacionalismo al sur del Sahara son calificadas por Armando Entralgo (1974) de “poca nación” y “poca clase”. Cada colonia era más un mosaico multiétnico que una nacionalidad unida, con una base proletaria casi inexistente; mientras que el campesinado, bajo los términos que lo entendemos, era prácticamente desconocido.

El elemento distintivo que permite definirlo como anticolonialismo clásico está dado, sobre todo, en la meta que se proponía: la autonomía y la independencia. Su interpretación en los medios pequeños burgueses, de forma general, casi era una mera africanización del gobierno.

Los métodos y tácticas de lucha fueron variados, abarcaron desde la lucha violenta y la guerra de guerrillas, hasta la lucha no violenta inspirada en el gandhismo y en los movimientos negros de América. Sin embargo, predominaron los movimientos pacíficos y la participación en los procesos eleccionarios en las colonias británicas y en el referéndum en las colonias francesas⁵.

Con respecto a los proyectos puestos en práctica después de la independencia, el modelo que podemos caracterizar de progresista pasó a la historia como socialismo africano, base de planteamientos utópicos, premarxistas o antimarxistas⁶.

Las metrópolis utilizaron todos los métodos posibles por mantener la dependencia y el control neocolonial de sus antiguas colonias. Allí donde triunfó un partido o dirigente que “podría hacer peligrar” el control, se utilizaron diversos mecanismos para derrotarlo. Los objetivos de las potencias coloniales estaban intervencionales y eran:

1. penetrar en el seno del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en un país dado y en el continente, en general;
2. frenar y frustrar las tendencias progresistas de la sociedad al sur del Sahara;

5 Debe tenerse en cuenta que el nivel de violencia colonial generaba más violencia. Más allá de los deseos de los sectores medios, la contradicción nacional opuso espontáneamente de manera violenta a colonizadores y colonizados en el proceso descolonizador. Hubo organizaciones que apelaron a la violencia revolucionaria como arma decisiva; tal es el caso de los mau mau, en Kenya.

6 Lo analizaremos posteriormente.

3. buscar una salida neocolonial para los países que se independizaban;
4. garantizar el mantenimiento y control sobre la región.

Las metrópolis en su retirada continuaron utilizando sus “viejas fórmulas”, adecuadas al nuevo contexto, donde sobresalió la manipulación del factor étnico. Trataron de asegurar el predominio o monopolio de la elite explotadora de una etnia, ayudaron a conformar y manipularon la conformación de partidos sobre una base étnica, entre otros. Es decir, manipulando el factor étnico, se encaminaron a:

- asegurar la organización de aspectos claves en los nuevos Estados, a través del predominio o monopolio de la elite explotadora de una etnia en cuestión o de un grupo social determinado;
- manipular los partidos de base étnica;
- establecer las alianzas étnicas y conservar las instituciones representativas de sus elites;
- utilizar la táctica de secesión.

Allí donde no lograron sus objetivos de “divide y vencerás” y consideraron que peligraba una salida neocolonial, utilizaron métodos que fueron desde el ya mencionado apoyo a un grupo para proclamar una secesión y perpetrar golpes de Estado, hasta el asesinato de los líderes o la invasión. Asimismo, se utilizaron mercenarios y terceros países (africanos) y se manipuló la actuación de las Naciones Unidas, entre otras. Uno de los ejemplos más ilustrativo fue el del Congo “Belga”.

LOS MÉTODOS NEOCOLONIALES: EL CONGO BELGA

Mientras la ola por la descolonización prendía en todo el continente, el Congo, bajo dominio belga, no mostraba síntomas de organización de ningún movimiento por la independencia, y el gobierno belga no se preparaba para una retirada. Según los estudios realizados por los colonialistas, la transición hacia la independencia debió extenderse alrededor de 30 años⁷.

El contexto regional e internacional presionaban a Bélgica⁸, pero el factor detonador fue un memorando dirigido al gobernador por un

7 El Proyecto Van Bilsen.

8 En esos años, el proceso de liberación nacional triunfaba en Asia. Francia había sido derrotada en Viet Nam y en Argelia enfrentaba la lucha armada por la independencia. Por su parte, Gran Bretaña tuvo que otorgar la independencia a la India. Las ideas por la emancipación estaban presentes en la intelectualidad y otros sectores africanos. Asimismo, en la ONU se libró una dura batalla por el otorgamiento de la independencia a los países que se mantenían bajo el status colonial.

grupo de funcionarios, subalternos y empleados, donde eventualmente pedían la independencia. A continuación, en octubre de 1958 se fundó en Leopoldville el Movimiento Nacional Congolés (MNC). Los objetivos de este movimiento se pueden enmarcar en el anticolonialismo clásico. Su figura más importante fue Patricio Lumumba, que en todo momento mantuvo un enfoque unitario, en un territorio con una gran variedad etnolingüística⁹.

La fundación del MNC demostraba que, a pesar del férreo control colonial, también en el Congo germinaban las ideas independentistas.

Sin embargo, el MNC y su líder, Patricio Lumumba, tuvieron que enfrentar la realidad histórica de su país y el legado colonial: divisiones, elites cómplices a intereses coloniales, existencia de clases sociales incipientes y débiles, lealtades étnicas, etcétera. En el plano externo, los objetivos neocoloniales de la metrópoli en retirada y los intereses de Estados Unidos. Las acciones exógenas estuvieron determinadas por dos factores esenciales: su posición geográfica, de “frontera” natural a África Austral, y su riqueza en recursos naturales.

Lumumba y el MNC debían trabajar por unir los distintos grupos y organizaciones. Precisamente, habían surgido diversas agrupaciones, la mayoría a partir de la filiación étnica. Entre ellas se destacaron las siguientes.

1. La Alianza de los Bakongo (ABAKO), fundada en la segunda mitad de los años cincuenta, con base étnica bakongo, en el bajo Congo. Su extensión étnica incluía poblaciones del Congo “francés” y el noroeste de Angola. Su líder era Joseph Kasavubu.
2. La Confederación de las Asociaciones de Katanga (CONAKAT), con base étnica luba, que operaba en Katanga. Estaba dirigida por Moisés Tshombe.
3. La Federación de Kasai (FEDEKA), alianza interétnicas de la región de Kasai.
4. El Partido de la Solidaridad Africana (PSA), compuesto por trabajadores y campesinos esparcidos entre unos veinticinco

9 Se considera que había setenta y cuatro lenguas vernáculas, sin contar los dialectos. Desarrollaban cierta difusión el lingala y el swahili. Se considera que existían doscientos pueblos, destacándose tres mayoritarios: bakongo, baluba y balunda. Los segundos eran los más penetrados y atraídos hacia la sociedad colonial. Sin embargo, el grupo bamongo, el de Lumumba –y también el de Joseph Mobutu–, del subgrupo batatela (bangjandi), era el más importante dentro de los menores, y se habían dispersado por casi todo el territorio, excepto Katanga. Pequeños grupos, pero muy activos en las comunidades, habían logrado la capacidad de establecer alianzas, sobre todo porque conocían las lenguas y culturas de otros grupos.

grupos étnicos de diversas regiones. Sus principales líderes eran Antoine Gizenga y Pierre Mulele, representantes de la intelectualidad pequeño burguesa con influencia socialdemócrata y marxista¹⁰.

Mientras el MNC, dirigido por Lumumba, abogaba por una transición a la independencia rápida y pacífica, y se constituía en un movimiento de alcance nacional, apoyado por el PSA, las otras organizaciones trataron de lograr objetivos más “regionales”. Dentro de estos grupos, predominaba –por su propia base social y composición– y se fomentó –por parte de los poderes coloniales y los colonos blancos en el territorio– el separatismo y el federalismo.

El 30 de junio de 1960, se otorgaba la independencia al país, aún no se definía la forma de organización estatal (federal o centralizada), ni el tipo de gobierno local, entre otros aspectos. Mientras esto se definiera, se creó una Comisión ejecutora para la transición. Un día antes, se había suscrito un acuerdo de cooperación con Bélgica. Esta última se comprometía a mantener personal administrativo, jurídico, militar y otros, pues el Congo no contaba con cuadros y técnicos.

En su discurso inaugural, el 30 de junio de 1960, Lumumba, Primer Ministro del gobierno independiente, planteó que el Estado conduciría a las masas al bienestar social, al progreso y a la unidad; en el plano exterior, seguiría las líneas del neutralismo positivo y la solidaridad panafricana. Al mismo tiempo, hizo una dura crítica a los colonialistas. Entre otros aspectos medulares señaló:

¿Podríamos olvidar nosotros que conocimos el trabajo extenuador a cambio de salarios que no nos permitían sosegar nuestra hambre, vestir y habitar con dignidad, educar a nuestros niños como a seres queridos? ¿Nosotros que hemos conocido burlas, insultos, azotes y debíamos sufrir desde la mañana hasta la noche porque éramos negros? ¿Quién olvidará que al negro se le tuteaba, no como un amigo, sino porque el honorable usted quedaba reservado únicamente para los blancos? [...] Nosotros estableceremos juntos un régimen de justicia social, y aseguraremos a cada uno la justa retribución por su trabajo. [...] Nosotros revisaremos todas las viejas leyes y haremos otras nuevas, que serán nobles y justas. Nosotros suprimiremos todas las discriminaciones. Para darle a cada hombre el lugar que en justicia le espera, por su dignidad humana, por su devoción al país; por su trabajo en beneficio del Congo (Lumumba, 2008 (1970): 77-79).

10 Para profundizar, ver: Amuchástegui, Domingo 1988 *Historia Contemporánea de Asia y África* (La Habana: Pueblo y Educación) Tomo IV.

Estos planteamientos desagradaron a los colonos, a la ex metrópoli y a los monopolios¹¹. La contención del comunismo y los intereses neocoloniales no podían aceptar la proyección lumumbista. Esto determinó los acontecimientos posteriores. El objetivo era suprimir a Lumumba y crear un gobierno accesible a los intereses foráneos, así como eliminar la influencia de este movimiento en otros países. Las principales acciones en contra de Lumumba y para establecer un status neocolonial pueden resumirse de la forma siguiente.

- El 6 de julio, a prácticamente una semana de proclamada la independencia, estalló la crisis. La fuerza pública (ahora ejército) se amotinó y los soldados africanos –que hasta el momento solo podían llegar a Sargento– exigían las plazas vacantes libres y un aumento de salarios. Entre ellos estaba Joseph Mobutu, afiliado al MNC.
- El 11 de julio, Moisés Tshombe, quien tenía el control del gobierno provincial de Katanga¹², proclamó la secesión de esa región. Esta maniobra era clave para desestabilizar el gobierno. Katanga era –y es– la provincia más rica en recursos naturales del país. En aquellos momentos, de ella se obtenía el 66% del ingreso anual del Congo¹³, y los intereses de los monopolios belgas eran mayoritarios¹⁴. Tshombe pidió apoyo y reconocimiento a los belgas. En la práctica, la secesión había sido planeada y respaldada por la Unión Minera del Alto Katanga, con soporte de Bélgica, la OTAN y la minoría blanca de África Austral. También, varios días después, fue declarada la secesión de Kasai por Albert Kilonji (zona rica en diamantes y un emporio forestal).
- El gobierno recién proclamado no tenía capacidad para enfrentar esta situación. Lumumba solicitó la presencia –y apoyo– de las fuerzas de las Naciones Unidas (ONU) para que aseguraran la retirada de los belgas y pusieran fin a la secesión. El naciente Estado independiente no tenía Fuerzas Armadas.

11 Debemos recordar la importancia estratégica de este territorio, que se puso de manifiesto casi un siglo atrás durante la Conferencia de Berlín.

12 El gobierno de Lumumba trató de lograr el apoyo de todos los sectores. Por ejemplo, Kasavubu había accedido a la presidencia debido a que, en este caso, el grupo étnico representado por Kasavubu (los bakango) era representativo.

13 Sus dominios comprendían 34 mil kilómetros cuadrados y en sus minas trabajaban 21 mil ciento cuarenta y seis africanos y 2 mil doscientos europeos; además, controlaba la mayor parte de las plantas, la energía eléctrica, la industria ligera, la ganadería y la alimentación.

14 En la práctica, en Katanga permanecían todos los funcionarios y colonos blancos.

- El 14 de julio, la ONU se decidió a enviar esas fuerzas. En la práctica, no pudo –o sería mejor decir no quiso– ni asegurar la retirada de los belgas, ni controlar a los secesionistas de Katanga; solo logró lo segundo después del asesinato de Lumumba. La misión de Naciones Unidas respondió a los intereses de las ex metrópolis y de EE.UU.
- Paralelamente, el Presidente Kasavubu intentaba destituir a Lumumba. A pesar de la maniobra, el Parlamento ratificó a este último en su cargo. Ante el apoyo a Lumumba, Mobutu, ahora Coronel, ejecutó su primer golpe de Estado en septiembre de 1960.
- Mobutu retuvo a Lumumba bajo arresto domiciliario¹⁵. Este intentó escapar a Stanleyville para reorganizar las fuerzas¹⁶; sabía, además, que su vida peligraba. Pero, Mobutu lo entregó a los secesionistas de Tshombe, lo cual, en la práctica, era entregarlo al enemigo neocolonial. Lumumba fue asesinado brutalmente. Se anunció su muerte de manera oficial el 13 de febrero de 1961.

Desde ese momento y hasta noviembre de 1965, cuando Mobutu ejecutó su segundo golpe de Estado, la situación se caracterizó por las pugnas entre distintos líderes por controlar el poder, fundamentalmente entre Kasavubu, Tshombe y Mobutu. Se sucedieron varios gobiernos al frente del país, pero no lograron asegurar la estabilidad. Al mismo tiempo, fueron encarcelados los dirigentes más progresistas, como Gizenga, hasta 1964.

Entre 1962 y 1963, Kasai y Katanga fueron controlados por el gobierno central, con apoyo de fuerzas de la ONU. Como se observa, esto se logró cuando convino a las fuerzas contrarias a Lumumba.

La lucha armada se extendió después de las represiones entre 1962 y 1963. Para junio de 1964, por lo menos la mitad de las provincias registraban una intensa actividad guerrillera. En septiembre de 1964 se constituyó el gobierno de la República Popular del Congo, con Gbenye como Presidente, en Stanleyville.

En noviembre de 1964, la combinación de fuerzas de la OTAN (Bélgica aportó tropas; EE.UU., transporte aéreo; Gran Bretaña, bases en países africanos) desató una intervención brutal. Después de esto,

15 En todo este proceso, Mobutu fue el elemento clave que defendía los intereses imperialistas, fundamentalmente, de EE.UU.

16 Las principales fuerzas que apoyaban a Lumumba y los dirigentes del MNC se encontraban en esa ciudad, adonde se habían replegado.

declinó el MLN. El grueso de la dirigencia se fue al exilio; eran evidentes las contradicciones entre estos y la acentuación de la tendencia al predominio de las alianzas tradicionales¹⁷.

Después de su segundo golpe de Estado, en noviembre de 1965, Mobutu desarrolló la campaña de “Reconciliación”¹⁸. En la práctica, estableció una tiranía personal absoluta y un cuerpo deliberativo de incondicionales como Parlamento. Debe tenerse en cuenta que Mobutu era “el hombre” de Washington y, en gran medida, su éxito se debió al apoyo que le brindó Estados Unidos. Este último no tenía grandes intereses económicos en el Congo, pero valoró la necesidad de aplastar el movimiento revolucionario en un país tan importante, a las puertas de África Austral, y, además, ganar terreno económico y político frente a Europa.

El gobierno de Mobutu se caracterizó por la demagogia social y política. Comenzó la “nacionalización” por medio de negociaciones con la Unión Minera de Alto Katanga y otras empresas extranjeras, y la “congolización” de la economía, que consistió en renegociar los contratos con estas empresas. Se diversificó el capital y entraron compañías francesas, británicas y estadounidense. Bélgica siguió controlando las tres cuartas partes de las inversiones.

Durante la campaña de autenticidad, en los primeros años de la década del setenta, se trató de demostrar que en su gobierno se valoraba la identidad africana. El 30 de diciembre de 1971, el Congo pasó a denominarse Zaire, y Joseph Desiré Mobutu, Mobutu Sese Seko. Oficialmente se exacerbaban los valores tradicionales y el poder de la aristocracia, y se trabajó para fortalecer el apoyo entre los bakongo, los baluba y los bamongo.

El movimiento revolucionario se dispersó. Entre 1977 y 1978, el Frente Nacional de Liberación del Congo (FNLC), dirigido por Nathaniel Mbumba, desarrolló acciones armadas en la provincia de Shaba (anterior Katanga). Aunque tuvo un éxito inicial, fue derrotado, sobre todo por la intervención de Francia y Marruecos y la ayuda estadounidense al gobierno de Mobutu.

Como hemos observado, en el Congo se utilizaron todos los métodos disponibles para evitar el triunfo de un movimiento nacional. Su ubicación geográfica y sus recursos, tal como había ocurrido en la Conferencia de Berlín, determinaron, en primer lugar, que en el nuevo contexto internacional fuera objeto de una acción neocolonial; y, en

17 No podemos dejar de mencionar que en estas acciones en contra del gobierno de Lumumba y posteriormente se utilizaron fuerzas mercenarias en contra de las fuerzas independentistas.

18 Mobutu comenzó a plantear que era seguidor de Lumumba.

segundo lugar, que se estableciera una dirigencia aliada a los intereses foráneos, para así detener el ascenso y triunfo de movimientos progresistas, sobre todo, como hemos apuntado anteriormente, tratando de evitar que la región de África Austral se “contaminara”.

A partir de ese momento se realizó un giro más agresivo por el control del continente y, principalmente, por evitar la independencia de los países de África Austral. Aun así, como veremos posteriormente, los países de África Austral se liberaron y el nefasto apartheid en África del Sur fue derrotado.

Muchos otros pudieran ser los ejemplos que demuestran que, aunque en la primera etapa de la independencia predominaron los métodos pacíficos, los conflictos violentos se hicieron presentes por la acción neocolonial.

LA LUCHA DE LIBERACIÓN EN LOS AÑOS SETENTA, OCHENTA Y NOVENTA

La independencia de las colonias africanas bajo control francés prácticamente se había desarrollado en bloque, debido a la política común que desempeñó París hacia las distintas entidades estatales¹⁹. Por su parte, Gran Bretaña practicó una política diferenciada, atendiendo a sus intereses (niveles de explotación e importancia del colonato blanco, fundamentalmente) en cada región: primero fue África Occidental, después África Oriental central y, por último, África Austral.

En ese escenario, a las colonias portuguesas, entre las que sobresalían Mozambique y Angola, ubicadas en África Austral, el poder lusitano fascista no les había permitido manifestaciones legales en favor de la independencia, lo que determinó que la única vía posible fuera la actividad clandestina, seguida posteriormente de la lucha armada²⁰. Precisamente, como en el Congo, la debilidad del colonialismo motivó el involucramiento de países “aliados”, entre los que destacó Estados Unidos²¹.

Durante las décadas del setenta, ochenta y noventa predominó la lucha armada²², pues los países que no se habían independizado

19 En el referéndum efectuado en 1958, solo Guinea votó no, lo que significó la independencia inmediata y, por supuesto, las agresiones continuas de Francia. Sin embargo, esto condujo a que a la mayoría de las colonias francesas se les concediera la independencia.

20 Sus colonias eran Cabo Verde, Sao Tomé y Príncipe, Guinea Bissau, Mozambique y Angola. Esta última se estudiará en el capítulo sobre el conflicto en África Austral. En Guinea Bissau y Cabo Verde también se desarrolló la lucha armada; su máximo líder fue Amílcar Cabral, asesinado por el imperialismo.

21 Posteriormente analizaremos el caso de Angola, expresión del colonialismo colectivo y de los intereses de las potencias del momento.

22 Lucha armada que, en la mayoría de los casos, se había iniciado en la década de los años sesenta.

estaban sujetos al control portugués o al del colonato blanco, esencialmente en la región más importante para el capital internacional: África Austral.

Con la caída del fascismo en Portugal, arribaron a su independencia Angola, Mozambique, Guinea Bissau y Cabo Verde. Paralelamente, proclamaron su independencia Zimbabwe (1980) y Namibia (1990), y se puso fin al apartheid en Sudáfrica (1994).

ESTADOS INDEPENDIENTES

Los Estados subsaharianos independientes tenían un arduo camino por delante: en el plano interno, debían superar una herencia colonial traumática para sus estructuras socioeconómicas y políticas, y hacer frente a los diversos métodos utilizados por el imperialismo –europeo y estadounidense–; mientras que, en el contexto internacional, debían tratar de buscar una mejor ubicación en la división internacional del trabajo, en medio de la contradicción Este-Oeste.

LA INDEPENDENCIA Y LA VÍA CAPITALISTA (NEOCOLONIAL-PERIFÉRICA)

Diversos sectores étnicos y clasistas africanos establecieron compromisos con las metrópolis en los procesos hacia la independencia. La gran mayoría de los Estados estaban dirigidos por las elites nativas y sectores aburguesados, quienes veían la posibilidad de fortalecerse, y la asociación con las ex metrópolis les aseguraría esto.

Esta línea debía revestirse de un lenguaje anticolonialista, pues, para las masas, el colonialismo y el capitalismo eran sinónimos. En la práctica, predominó el discurso demagógico, posturas formales que dieran la impresión de una independencia real, llegando a convertirse en baluartes del neocolonialismo en no pocos casos, desde Senegal hasta Kenya, pero proclamando la adopción de un socialismo específico “negroafricano”, para Senghor²³, y “cooperativo y democrático”, para Kenyatta²⁴.

Criticaban el pasado colonial y el capitalismo de libre competencia; se apoyaron en el capitalismo monopolista de Estado, que denominaban “economía” estatal; tuvieron un amplio respaldo de sus ex metrópolis y de Estados Unidos.

Mientras en Asia el triunfo de la revolución socialista en China, Viet Nam y la República Popular Democrática de Corea (RPDC), fundamentalmente, motivaron la necesidad de un soporte a la opción capitalista, como alternativa en la lucha contra el comunismo, y se

23 Máxima figura de la independencia en Senegal.

24 Máxima figura de la independencia en Kenya.

desataban guerras donde Estados Unidos se involucró directamente, en África el “peligro” comunista era menor, así como menores eran las prioridades de EE.UU. En parte, esto explica el poco monto de las inversiones y el hecho de que el redespiegue industrial llegara muy tardía y tibiamente –hacia la década del setenta–.

En África Subsahariana, el redespiegue industrial y las direcciones inversionistas se relacionaron con los denominados *países modelos*, fundamentalmente en aquellos que tenían gran mercado interno, provisiones de recursos naturales y podían construir puntos de asentamientos para penetrar en otros. En Nigeria y Zaire se concentraba el 45% del capital extranjero en África, con las mayores inversiones y variantes del redespiegue. Mientras tanto, los países que se proclamaron abiertamente capitalistas, como Costa de Marfil o Nigeria, recibieron cooperación priorizada –en la práctica, “capitalismo-periférico”–.

Las ex metrópolis seleccionaron a algunos países para convertirlos en modelos *de desarrollo*, con pretensiones de mostrarlos como vías alternativas, así como de propiciar el agrupamiento en asociaciones u organizaciones de mercado común y la integración. En algunos países, se llegó a denominarlo “capitalismo colectivo”, por la irrupción y el despojo de las riquezas. Ahora, participaban todas las grandes potencias.

La explotación capitalista se caracterizó por la hegemonía de la Comunidad Económica Europea (CEE) –ahora Unión Europea– como principal socio comercial y principal exportador. La penetración económica estadounidense ocupó un plano secundario, pero se concentraba en África Austral, Zaire y Nigeria, sobre todo en los sectores mineros y de hidrocarburos.

Durante las décadas del sesenta y setenta predominó la inestabilidad con crisis²⁵, como la del Congo (donde se estableció una dictadura apoyada y mantenida, en gran medida, por las potencias extrarregionales), los golpes militares, las guerras civiles²⁶ y las intervenciones militares. Esas acciones agravaron las divisiones y contradicciones al interior de las sociedades.

ÁFRICA SUBSAHARIANA Y EL SOCIALISMO (AFRICANO)

La denominada vía socialista, vía no capitalista, orientación socialista, socialismo africano y socialismo científico, tuvo diversas proyec-

25 En 1975, el PIB de África era de U\$S 148 *per cápita*, el más pobre del mundo. La Convención de Lomé clasificó a treinta y cuatro países africanos como los menos desarrollados del mundo.

26 Entre ellas, sobresalió la de Biafra, por los evidentes intereses y la participación de los actores foráneos por el control del petróleo.

ciones en el continente. En la década del sesenta se adherían a esta línea: Ghana, Guinea, Tanzania y Mali –hasta 1968 con Modibo Keita. También se proclamaron socialistas, hacia fines de los años sesenta, el Congo Brazaville (RPC), Dahomey (Benin) y Madagascar. En la década del setenta, en lo que se consideraba orientación socialista –siguiendo los parámetros del *socialismo científico*– se ubicaban Etiopía, Angola y Mozambique.

El socialismo africano tuvo su apogeo en la segunda mitad de la década del cincuenta y principios del sesenta. Sur mayores representantes fueron Nkrumah y Nyerere. Este socialismo nunca tuvo una teoría unificada y sus resultados no fueron los esperados. Se componía de diversas corrientes ideológicas y concepciones democráticas, antiimperialistas, nacionalistas, entre otras. En la práctica, se absolutizaron las particularidades de la sociedad tradicional –con un enfoque ideal y utópico–, con base en la ideología pequeño burguesa, con el propósito de luchar contra el gran capital, con rasgos populistas, que preconizaba una vía peculiar y específica, y una posición equidistante hacia el socialismo y el capitalismo: el tercerismo.

Entre sus principales planteamientos se encontraban la crítica con relación a la manipulación política de las relaciones étnicas y confesionales. Se consideraba que las relaciones tradicionales o precapitalistas, características de las comunidades africanas, fueron siempre, hasta que llegó el colonialismo, de una naturaleza “socialista” y que, pese a la afectación originada por esta última, esa naturaleza se había mantenido en lo esencial, dando fundamento y viabilidad al socialismo. (Sociedad tradicional– socialismo– democracia).

Como se aprecia se le concede una importancia desmedida a los fundamentos comunales y colectivistas tradicionales, lo que negaba la estratificación y la heterogeneidad en el plano clasista, –impacto de la modernidad– y no le atribuía suficiente importancia a las nuevas condiciones internas y al contexto internacional.

Este enfoque suponía que no existían antagonismos ni contradicciones sociales y políticas. Se concebía como un conjunto único el Estado y la Nación, por encima de las clases. Esto conllevó a que, como el Estado representaba a todos, el ordenamiento sociopolítico de la sociedad se debía basar en el régimen de partido único y la subordinación vertical del movimiento de masas y sus organizaciones a este.

En las sociedades africanas, donde la diversidad étnica era un rasgo común, se postuló –y se llevó a la práctica– que el partido único englobaba en una sola entidad política a todos. Esa “unidad” política se tuvo que articular sobre la base de equilibrios con los diversos grupos –urbanos– y tradicionales, buscando sustentar la unidad, cohesión

y funcionamiento de los nacientes Estados. Se reafirmó –y aplicó– el control del Estado sobre los medios de producción y distribución.

Los sectores capitalistas africanos eran débiles y se consideraban frágiles en materia de poder económico e influencia. En diversas propuestas se concebía un crecimiento del papel del capitalismo africano privado y la economía mixta. Mientras, lo que debía ser su contraparte, el proletariado, era extremadamente débil.

El socialismo africano trataba de erigir un modelo alternativo–orientación anticapitalista y antiimperialista, en base a la justicia social²⁷. Sin embargo, los beneficios dados al débil capitalismo africano, motivó su ampliación y relativo fortalecimiento, al tiempo que los beneficios se extendían, de forma general, a la práctica de la burocracia estatal, los altos funcionarios gubernamentales y el partido, que lucraban y especulaban los recursos del Estado.

Aparecía el capitalismo burocrático, como una vía de *acumulación* que debilitaba los proyectos nacionales, el fraude y la corrupción, con una marcada naturaleza parasitaria por el tipo de actividades que preferían: transporte, comercio y papel de intermediarios. Se engendraba y fortalecía una cierta neoburguesía burocrática que amenazaba la estructura de poder, sus perspectivas y proyectos.

Por las particularidades de la sociedad africana los beneficios de esa neoburguesía se extendían al ámbito familiar– grupal, en ocasiones se expresaba en la asociación de clanes enteros, de una u otra etnia en particular, lo que se tradujo en pugnas por controlar las ramas de la economía estatizada y negocios particulares.

Con independencia de los avances logrados, sobre todo en Tanzania, pues debe recordarse que Nkrumah fue derrocado por un golpe de Estado en 1966; como tendencia, los aspectos negativos de los caminos seguidos por el socialismo africano manifestaron: por una parte, un conflicto interno de naturaleza socio– clasista entre los sector que pugnaba por un rápido aburguesamiento y conflictos con fuertes connotaciones étnicas y comunales; por la otra, los grupos excluidos harían todo lo posible por acceder al poder. Mientras, los poderes extraregionales aprovechaban las insuficiencias y el descontento de algunos sectores para intervenir en los asuntos internos: deponer Presidentes, establecer grupos guerrilleros, entre otros aspectos, que reavivaban las contradicciones y conflictos al interior de cada país y entre Estados vecinos.

La posibilidad de buscar una vía alternativa que posibilitara el desarrollo fracasó, tanto en los que optaron por el *capitalismo– neocolonial*, como por los que eligieron la vía *socialista– africana*. Aunque

27 Ver toda la obra citada de Armando Entralgo.

trataron de establecer diferentes tácticas, el resultado fue muy parecido. Los que siguieron la vía *capitalista* estaban condenados al fracaso, pues siguieron ocupando el papel que hasta ese momento habían tenido, como apéndices de las economías metropolitanas; los que optaron por el socialismo, no solo tuvieron que enfrentar la realidad interna y tácticas no siempre correctas y adecuadas a las condiciones histórico concretas de los países, sino y sobre todo, las acciones desestabilizadoras del imperialismo.

Como hemos observado, la independencia llegó a África Subsahariana signada por la manipulación y la exacerbación de las contradicciones al interior de los nuevos Estados. El conflicto bilateral metrópoli– colonia dio paso a la independencia, y si bien, se lograron alianzas y apoyo de diversos grupos en la lucha, más tarde y, aún en ese momento, se manifestaban pugnas que, en ocasiones, se revirtieron en acciones violentas –y separatistas– dentro de los MLN, donde el capital internacional se involucró, abierta o solapadamente.

NUEVAS REALIDADES Y CONFLICTOS HEREDADOS

El contexto socio– histórico en que se produjeron los procesos hacia la independencia en los países de África Subsahariana, con una herencia colonial, ahora incorporada a sus estructuras como propias²⁸, condicionó serias dificultades para avanzar en el plano socioeconómico y político, al tiempo que imposibilitó una readecuación –y participación más activa– en la economía mundial, al margen de los errores que pudieron haberse cometido. ¿Cuáles eran las características más significativas de los países que arribaron a la independencia?

En el plano económico, las relaciones capitalistas se establecieron en función de intereses foráneos y no como resultado de un proceso natural interno, lo que determinó su deformación. Las economías se integraron y organizaron en función de los intereses de las metrópolis, a partir del papel y lugar que le dieron a cada una de ellas en su mundo comercial y financiero; por tanto, se constituyeron en economías dependientes con pocos renglones exportables, casi todos en fase primaria.

El carácter unilateral y monoprodutor se caracterizaba por la ausencia de una economía nacional impulsada desde adentro y portadora de un mercado interno, por lo que predominaban rígidos esquemas de producción, desproporciones estructurales y, por supuesto, un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Las desigualdades y desniveles del desarrollo de las diversas regiones de un mismo país,

28 Para profundizar, ver: Lopes, Carlos 1991 “Provocar o Afro-otimismo para uma política de desenvolvimento em Longo Prazo” (Documento).

ponían de manifiesto la coexistencia de la sociedad tradicional y las relaciones de producción capitalistas, en la que predominaba la primera con una base de producción muy atrasada.

La infraestructura se desarrolló de acuerdo con esos intereses, sobre todo en función de la industria extractiva y las plantaciones, y se ubicó en enclaves y zonas determinadas, lo que reforzó las desproporciones. Las zonas e industrias más avanzadas dependían de las otroras metrópolis en tecnologías, mercados y precios.

El predominio en el sector agrícola de una irregular distribución de la tierra, trajo aparejado la imposibilidad de aplicar métodos intensivos y el pobre empleo de las técnicas de riego. A su vez, el sector industrial presentaba serias insuficiencias, entre las que se destacan: la imposibilidad de proporcionar insumos necesarios a la agricultura, el bajo nivel técnico, la ausencia de profesionales y mano de obra calificada, la deformación estructural, un exiguo mercado interno, la dependencia de productos importados, etcétera.

La mano de obra no calificada, en muchos casos, era temporal, mientras existían zonas y países que se habían convertido en reserva de mano de obra barata.

Esto implicó que, que todos los países bajo las condiciones de la independencia, mantuvieran una dependencia multifacética de los centros de poder.

En el plano socioclasista, las clases sociales eran peculiares y no estaban consolidadas. Los sectores dedicados a la actividad agrícola, al igual que los trabajadores migratorios, estaban permeados por los sentimientos clánicos y étnicos. La pequeña burguesía y la intelectualidad eran los sectores más sólidos y conscientes, a los que se agregó la burocracia mercantil.

La mayoría de los profesionales habían sido educados en las ex-metrópolis y se empleaban, fundamentalmente, en trabajos de la administración colonial y no como técnicos. En la postindependencia no contaron con una base clasista sólida que apoyara su gestión.

Los grupos que gobernaban se debatían entre los intereses de los nuevos sectores sociales, como la burguesía burocrática, y su atadura o independencia con respecto a los sectores tradicionales y otros que los llevaron al poder. Las diferencias étnicas, clánicas y confesionales dificultaban la consolidación nacional y se manifestaron en la postindependencia como conflictos violentos.

Las fórmulas de organización política fueron heredadas con sus peculiaridades. En ellas la sociedad civil tenía solo una participación muy limitada²⁹.

29 En los casos de los modelos "directo" e "indirecto", el elemento tradicional había desempeñado, en mayor o menor medida, cierto papel. En los gobiernos de minoría

El Estado postcolonial heredaba un modelo político con sus fronteras –demarcadas apenas un siglo atrás–; sin recursos financieros y con serios problemas estructurales; amenazados por el neocolonialismo y como centro de las contradicciones Este-Oeste, y con pocos sectores organizados –solo la burocracia y el ejército³⁰.

La demarcación artificial de las fronteras provocó conflictos entre las naciones ya independientes; el monopolio del poder político y económico por parte de un grupo étnico en particular y la exclusión de otros produjeron descontento y subsiguientes rebeliones de los grupos excluidos.

Las administraciones “independientes” continuaron aplicando la lógica estructural heredada, que implicó una reproducción económica ligada a la ayuda y los intercambios con el exterior y, además, la extensión de mecanismos de capitalismo de Estado. Este debía desempeñar el papel esencial, pero facilitó la ampliación y fortalecimiento de los sectores capitalistas africanos en sus típicas condiciones de dependencia y fragilidad.

El Estado acrecentó su poder; como única fuerza organizada que debía tratar de representar los intereses de todos, en realidad se tornaba cada vez más unilateral y parcial. En el plano político, esa realidad se tradujo en una autonomía relativa del poder estatal y en su inestabilidad. El ejército fue la fuerza más organizada e influyente en la mayoría de los países.

El continente ha presentado una gran inestabilidad caracterizada por la reanimación de antiguos conflictos étnicos, religiosos o de otro tipo en diversos países. Reclamos fronterizos, guerras internas y pugnas históricas estallan cada día, y los conflictos surgen y se desenvuelven en medio de una permanente crisis económica. Hasta el año 1986, las guerras o conflictos de la postindependencia sumaban un total de cuarenta y cuatro (Cabrera, 1986: 41)³¹.

Entre 1960 y 1990, en África hubo ciento sesenta Jefes de Estado; pero de cada tres Presidentes, un promedio de dos y medio fueron

blanca, las organizaciones tradicionales no habían estado subordinadas a las metrópolis, sino a esas minorías.

30 Si bien es cierto que la incipiente regularización de la actividad política dentro de una estructura elaborada por los europeos fue el aspecto principal de modernización que introdujeron estos –aunque para sus propios intereses–, también es cierto que solo capacitó relativamente a dos estratos sociales autóctonos: la burocracia y el ejército. De aquí el papel que estos dos sectores desempeñarían bajo las condiciones de independencia.

31 En algunos casos (como en Angola, Mozambique y Sudán) los conflictos se mantuvieron hasta los años noventa y el siglo XXI, mientras en otros surgieron o continuaron con mayor ímpetu (como Liberia, Somalia, Ruanda y Burundi).

militares, y las fórmulas autoritarias y totalitarias abundaron. Desde 1952 hasta finales de 1994, tuvieron lugar setenta y ocho cambios violentos o inconstitucionales y alrededor de ochenta y ocho gobernantes fueron depuestos (Esterhuysen, 1995: 92). Como media, en veintidós países estudiados, la democracia formal duró 7,7 años desde la independencia hasta la imposición de un régimen militar, y solo 4,13 años desde la independencia hasta el primer intento de golpe militar (Luckham, 1986: 30).

Las erogaciones destinadas a la esfera militar han sido cuantiosas. Los gobiernos, que no lograban resolver la alimentación mínima de su población ante las contradicciones y luchas internas y con países vecinos, aumentaron veinte veces sus gastos militares entre 1956 y 1980, tendencia que se mantuvo hasta los años noventa. Los gobiernos continuaron concediendo prioridad al presupuesto militar, que durante 1991-1992 superó en un 43% los desembolsos destinados en conjunto a la educación y la salud en África Subsahariana (Mutume, 1995).

A esto habría que agregar la corrupción y enriquecimiento de los grupos “enquistados” en el poder, que hacen del Estado su fuente de acumulación de capital, así como el surgimiento de nuevas elites y la utilización del clientelismo y la etnicidad para el control estatal en detrimento de otros grupos. Todo ello ha conspirado contra la prosperidad económica y la estabilidad sociopolítica.

Los desaciertos, la copia de modelos exógenos y el idealismo de las independencias –que se concretaron en proyectos inviables–, el descontento de la población y el enriquecimiento de unos pocos llevaron a la crisis del Estado postcolonial que se manifestó en todos los planos.

Si tuviéramos que resumir en una cita los resultados negativos de la gestión de los gobiernos en la postindependencia, seleccionaríamos el siguiente enfoque esbozado por Samir Amin (1968: 61) en fecha tan temprana como 1968:

[...] las deficiencias van desde la incompetencia en la concepción hasta el fracaso de los planes nacionales de desarrollo, pasando por la quiebra de los partidos únicos, los golpes de Estado militares, y los graves desórdenes que se instalan de manera endémica en el continente.

En 1960, el continente africano se autoabastecía de alimentos; en las dos décadas siguientes, la producción equivalió a la mitad de la tasa de crecimiento de la población. Considerada como la región más agrícola del mundo, África, con un 80% de la fuerza de trabajo vinculada a esta actividad, no ha logrado satisfacer las necesidades alimentarias de su población, debe dedicar recursos a la importación de gran cantidad de alimentos y depende de ayuda alimentaria del exterior.

Esta situación se debe a las características propias de la producción agrícola en cuanto a técnicas, tipo de cultivos y degradación de los suelos. Precisamente por ello, Samir Amin (1994: 16) apunta que: “La razón última del fracaso del desarrollo [...] es que África no empezó su revolución agrícola, sin la cual ningún desarrollo es concebible”.

La crisis de la economía africana comenzó a manifestarse durante los años setenta. Durante los ochenta, enfrentó una crisis permanente caracterizada por el lento o casi inexistente crecimiento económico y la disminución del ingreso per cápita, una aguda crisis agroindustrial y el aumento de su deuda externa³².

En este plano, los países africanos mantuvieron sus estructuras monoproductoras y dependientes. La región apoya su economía en cinco productos básicos que representan el 78% de sus exportaciones; para diecinueve países, más del 80% de sus ingresos en divisas provienen de tres o menos productos. Como se puede apreciar, las economías africanas son sumamente vulnerables; por tanto, están sujetas a las fluctuaciones de los precios del mercado mundial (*Razjoj Development International*, 1988: 15)³³.

Por otra parte, en los últimos 30 años, África ha visto duplicar su población, tendencia manifiesta cada 20 años. En los sesenta, con un crecimiento demográfico superior al 2,5%, África tuvo una tasa de crecimiento del PIB por habitante que no sobrepasó el 1,3%; en los setenta fue de 0,8%, y en el primer lustro de los ochenta fue del 1% anual (Amin, 1994: 15-16).

En la década del ochenta, la población exhibió un crecimiento anual de un 3,2%. La densidad demográfica media del continente es de 21,02 habitantes por kilómetro cuadrado, y la misma seguirá siendo escasa; pero la población está distribuida de manera muy desigual, con un masivo éxodo rural hacia las urbes.

Según cálculos recientes, la población africana tendrá una proporción cada vez mayor en el incremento de la población mundial, ya

32 Se observó una tendencia descendente con pocas fluctuaciones, que llevó a la disminución del volumen de exportación, con su incidencia negativa en los ingresos básicos. Esto, unido a las variaciones, casi siempre desfavorables, de los precios de los productos africanos en el mercado mundial. África Subsahariana, con el 9,5% de la población del orbe, produjo escasamente el 1,2% del total de la producción mundial en 1989, lo que refleja fielmente la situación de deterioro de las economías de esta región.

33 Una manifestación concreta de lo anterior fue el agravamiento de los problemas económicos del continente en los decenios de los setenta y ochenta, debido a tres factores fundamentales: el alza de los precios del petróleo entre 1973-1974 y 1978-1980; el descenso de los precios de los minerales en un 7,1% entre 1970 y 1979, y el boom y caída de los precios del café, y del cacao y el té entre 1968 y 1978, y en los años ochenta, respectivamente (*ibid.*).

que aportará 20% al crecimiento demográfico anual, y se calcula en un 35% entre los años 2020 y 2025, mientras que la población mundial solo creció de 8,8% en 1950 a 12% en 1990 (Esterhuysen, 1995: 15-16). Al Sur del Sahara, el 46% de la población tiene menos de 15 años y el 2,8% supera los 65 (PNUD, 1991). Esto implica que los países del continente tengan en su mayoría una población adulta activa que crece y necesita trabajo.

Los africanos que llegan a la edad laboral, en gran parte se suman a la masa de desempleados y, en muchos casos, se integran al batallón de migrantes que a diario abandonan su territorio de origen. El excedente de fuerza de trabajo –no solamente no calificada, sino también de egresados universitarios– impulsa a muchos a buscar nuevos horizontes. Los jóvenes que completan su educación representan entre el 60% y el 75% de los desempleados de la región (Bandarage, 1997: 150).

ESTADOS INDEPENDIENTES Y CONTEXTO INTERNACIONAL

El fin de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo un nuevo contexto internacional donde se expresaba una mayor interrelación del mundo y la sociedad. Las contradicciones definidas entre Este-Oeste marcaron el acontecer internacional. En un principio, el Tercer Mundo parecía olvidado, esto se manifestó claramente en Yalta, San Francisco y Postdam.

La recuperación de la atención y la valorización del Tercer Mundo dentro de la *bipolaridad globalista* imperante en la Guerra Fría solo fueron posibles por los intereses de hegemonismo y protagonismo mundiales de las grandes potencias. Sin embargo, el mundo seguía siendo multipolar y la contradicción Norte-Sur estaba presente, aunque subestimada.

La actuación de las grandes potencias adulteró la realidad de las relaciones internacionales –que afectaban y actuaban sobre todos–. Estas últimas se manipularon bajo la percepción de la contradicción Este-Oeste. Sin embargo, el papel del Tercer Mundo en ese contexto fue del orden protagónico y definitorio de políticas y tácticas –a nivel global.

La confrontación de la política globalista y de confrontación del momento tuvo su concreción en el Tercer Mundo; la visión hegemónica velaría absolutamente cualquier examen o posición diferenciadora hacia las regiones del sur y sus dinámicas particulares. Se impuso la continuidad de elites y la conservación de los patrones de guerra. El neocolonialismo sería defendido a cualquier precio, siempre y cuando lo pagaran otros. Esto no se alteró ni siquiera en los años en que se dieron algunos pasos hacia la *distensión*. La marginalización del Tercer Mundo fue evidente, a pesar de su papel en todos estos años.

Este entorno general agregó “leña al fuego” a las contradicciones de países y regiones y fue un potencial de conflicto permanente, a lo que se sumó, como *moda* de esos años, la intromisión en los asuntos internos de los países del Sur.

La *bipolaridad* tuvo un papel trascendental en las múltiples dimensiones causales, manifestaciones y no pocas influencias condicionantes en la modelación de políticas globales y particulares, de coyuntura, de crisis y modificaciones.

En ese contexto, donde se unían la interrelación del mundo a los intereses de los actores principales a nivel mundial, en defensa de “ideologías”, era lógico que la relación mundo-conflictos (locales y regionales) fuera más fuerte –ahora vinculado directamente al conflicto Este-Oeste–, así como los diversos grados y formas de internacionalización de estos últimos.

De nuevo, las grandes potencias dirimieron sus contradicciones en el suelo del Tercer Mundo. La contención del comunismo nubló casi cualquier actitud razonable. La seguridad colectiva necesaria, dada la situación de la humanidad en ese momento, se condicionó al punto de deformar su análisis y tratamiento, buscando un equilibrio determinado a sus intereses. Esta política alentó la carrera armamentista y la ausencia de democracia y de desarrollo; lo importante era “ganar”.

La solución de los conflictos en esta etapa se hizo tediosa y difícil. Al margen de la solución de los conflictos bilaterales –coloniametrópolis–, en ocasiones relativa, que dio paso a la independencia, hubo una manipulación constante de los intereses hacia la paz y de la solución real de los mismos. En todos los casos hubo falseamiento y adulteramiento de la realidad concreta y las pugnas que se debatían, a partir de la visión externa y participación de intereses ajenos.

Aquellos países que no se sometieron al entorno ideológico capitalista fueron acosados constantemente; de la misma forma, se mantuvieron aliados despreciables para la población de sus países. Se manipularon contradicciones y pugnas internas. Los conflictos de carácter regional no pudieron lograr soluciones en ese marco.

En las condiciones de la postindependencia, el Estado postcolonial no solo debió enfrentar su herencia histórica traumatizada, sino también las problemáticas derivadas de las condiciones de independencia.

LOS CONFLICTOS EN LA REGIÓN

A partir de la diversidad de causales y manifestaciones de los conflictos en esta etapa, diversos autores establecen clasificaciones. En este sentido, consideramos propicio citar la obra de Samir Amin, *El fracaso del Desarrollo en África y el Tercer Mundo* (1994: 145), donde expone

cuatro órdenes de fuentes de conflictos en África en esta etapa (por jerarquía de importancia)³⁴:

1. el conflicto no superado entre las exigencias de una liberación nacional popular y la lógica del sometimiento a la expansión capitalista que el imperialismo impone;
2. los conflictos internos resultantes de la fragilidad de la sociedad nacional, de sus fuerzas populares y sus clases dirigentes;
3. el conflicto Este-Oeste, cuyas proyecciones sobre el continente funcionan según las reglas de su propia lógica;
4. la competencia comercial de las potencias capitalistas que tienen interés en la región.

En esta clasificación se refleja a primera vista que en África Subsahariana se entremezclan las causales endógenas y exógenas. Dentro de las primeras, han sobresalido, a partir de las realidades heredadas, las insuficiencias de los procesos –sobre todo en la insatisfacción de las necesidades básicas de la población, el estricto control político y la falta de pluralidad y democracia–, la reavivación de viejos conflictos, y la debilidad nacional y estatal.

Existen varios ejemplos que muestran la difícil y contradictoria interrelación de los factores internos y externos en posconflictos africanos, pero que también reafirman que los conflictos tienen sus manifestaciones causales, características, dinámicas y posibles soluciones en su plano interno. Esto queda demostrado en la fisonomía recurrente y permanente de la imposibilidad del sistema internacional de imponer colectiva o individualmente soluciones o reglamentaciones. En este sentido, sobresalen el conflicto etíope y el de África Meridional.

1. El conflicto etíope, con su protagonismo amáhrico-tigrina y su errónea política nacional, estuvo condicionado por factores internos, sin obviar ni estar ajeno el entorno regional y mundial que lo rodeó.
2. El conflicto internacionalizado en la segunda mitad del año 1975 en África Meridional, obviando el Acuerdo Tripartito de 1988, manifestó en todo momento sus causales subyacentes, de viejas raíces, proyectos sociopolíticos y alianzas divergentes: a cuenta

34 Según el citado autor, el orden es jerárquico a partir del grado de violencia potencial que se atribuye a la causa del conflicto, por una parte y, en consecuencia, a la importancia relativa del alcance de los resultados de la solución del conflicto, por la otra.

de quién se dieron los sucesos en Shaba, Soweto –el estado insurreccional que estremeció a Sudáfrica entre 1984-1986–; el éxito de la SWAPO, con su importante base OVAMBO; y las pugnas entre ANC e Inkhata; entre otros.

En el plano externo, la dependencia y la injerencia de actores extra-regionales han desfavorecido la solución de problemáticas internas generadoras de contradicciones. Magyar (1993: 392) señala:

La mayoría de los conflictos son guerras civiles, aunque con la injerencia de una gran potencia u otros intereses regionales, la intervención externa a menudo interrumpe el proceso de equilibrio interno y, de hecho, impide el logro de una estabilidad y legitimidad derivadas del interior.

En este mismo sentido, Ali Mazrui (1995: 24) nos recuerda que los conflictos casi siempre fueron sobredimensionados por las superpotencias y sus rivalidades, y hace referencia a dos casos: el primero, en el Cuerno Africano en los años setenta, y el segundo, entre Nigeria y Camerún en los noventa. En este último apunta el comportamiento de los franceses a favor de Camerún. En el caso de la guerra entre Etiopía y Somalia, menciona que la excesiva participación externa “[...] privó la confrontación regional de cualquier valor compensador como fuerza unificadora, ya sea Etiopía o Somalia”³⁵.

Precisamente, donde los niveles de participación foránea han sido mayores, los flujos de refugiados se han elevado y, además, se han mantenido durante más tiempo. En el caso de África Meridional, la permanencia del conflicto y de los flujos de refugiados y desplazados estuvo determinada por los siguientes factores.

- Los intereses estratégicos y económicos, no solo de las metrópolis, sino también de otras potencias, como Estados Unidos.
- El bastión represivo que podía significar Sudáfrica en el marco de la descolonización, lo que coincidía con los intereses de los sectores blancos en el área. Esto determinó la prioridad y los niveles de ayuda al mantenimiento del status de la región. Debía ahogarse cualquier posibilidad de cambio.

35 El incremento del número de refugiados en la región después de 1970 parece haber coincidido con el frecuente incremento de ataques militares regionales/domésticos, y la intervención extrarregional en los conflictos locales. El número de refugiados en África entre 1974 y 1992 se incrementó a un 385%, mientras a nivel mundial fue de un 17%. Para profundizar en la interrelación de la presencia de potencias externas en los conflictos internos de África y su vinculación con los flujos de refugiados, puede consultarse Bariagaber (1994: 62-70).

- Los niveles de contradicciones a resolver en la descolonización. Mientras que en el resto del África Negra el conflicto fue eminentemente bilateral colonia-metrópoli –salvo excepciones que presentaron una concurrencia mayor de actores foráneos, como el Congo “Belga”–, en esta zona tuvo un carácter triple y hasta cuádruple. Pasaba por resolver las contradicciones colonia-metrópoli, población negra mayoritaria-colonato blanco, países del área-Sudáfrica y países progresistas-reacción mundial. Esto condujo a que la descolonización completa se retrasara y los movimientos nacionalistas se radicalizaran con reclamos de liberación social. Aquí abundó la lucha armada.

Una vez obtenida la independencia en Angola y Mozambique, se desató un escalamiento del conflicto que, al margen de contradicciones particulares, adquirió un carácter eminentemente regional, con niveles excepcionales de internacionalización. Mientras el continente independizado enfrentaba el golpismo, las guerras entre Estados y otros problemas de gobernabilidad, en esta subregión el conflicto englobó a prácticamente todos los países, y pasaba por la guerra convencional, las guerrillas y otras formas de lucha.

Los intereses de algunos sectores regionales e internacionales convirtieron a Sudáfrica en centro del conflicto. En el marco de su política de “estrategia total” (1974-1988), se revirtió en el mantenimiento de la ocupación ilegal de Namibia (desde 1966); apoyó al régimen de minoría blanca en Rhodesia del Sur; invadió y ocupó porciones de Angola; atacó, en ocasiones, a otros países vecinos; sabotó, coerció y presionó económicamente, así como enfrentó la lucha interna contra el apartheid.

En este escenario, la ayuda que brindó el campo socialista a los países de la región –en especial Cuba– hizo que la reacción internacional tratara de justificar sus niveles de intromisión y apoyo a los grupos internos: intentaban contener el comunismo.

Los países subsaharianos bajo las condiciones de la independencia debieron enfrentar un escenario sumamente difícil, no solo por las propias condicionantes, contradicciones e insuficiencias internas, sino también por la injerencia sistemática de los intereses exógenos. Esa relación contradictoria condujo a que los caminos propios estuvieran plagados de conflictos e inestabilidad, lo que se revirtió en la extensión de las pésimas condiciones socioeconómicas y en el aumento de las migraciones masivas forzadas en la región.